

ISSN: 1130-2887

## ¿POR QUÉ GRITA ESTA GENTE? LOS MEDIOS Y LOS SIGNIFICADOS DE LA PROTESTA POPULAR EN LA ARGENTINA DE HOY

*What are they shouting about? The means and meanings  
of popular protest in contemporary Argentina*

Javier AUYERO

*State University of New York at Stony Brook*

✉ *Javier.auyero@stonybrook.edu*

BIBLID [1130-2887 (2004) 36, 161-185]

Fecha de recepción: septiembre del 2003

Fecha de aceptación y versión final: febrero del 2004

RESUMEN: Basado en dos estudios de caso, la «Pueblada» de 1996 y el «Santiagazo» de 1993, este trabajo examina las formas y los sentidos de la protesta en la Argentina contemporánea. Presta particular atención a la «política moral» de los manifestantes y a sus vínculos con formas convencionales de hacer política.

*Palabras clave:* protesta, Argentina, cultura de la beligerancia popular.

ABSTRACT: Based on two cases studies, the 1996 «Pueblada» and the 1993 «Santiagazo», this paper examines the means and meanings of protest in contemporary Argentina. It pays particular attention to the «moral politics» of protesters as well as to their links with conventional ways of doing politics.

*Key words:* protest, Argentina, culture of popular contention.

## I. DICIEMBRE DEL 2001\*

«Estamos muriéndonos de hambre porque estamos sin empleo. Y esto es culpa de los políticos. No podemos dejar a nuestros hijos sin comida ni leche. Están desnutridos». Declaraciones como éstas, pronunciadas por una mujer que había saqueado un «Supermercado 24» en Banda del Río Salí, en el noroeste de la provincia de Tucumán, se repetían cientos de veces durante la oleada de disturbios que colapsaron Argentina entre los días del 14 y 21 de diciembre del 2001.

Las provincias de Entre Ríos y Mendoza fueron las primeras que vieron cientos de personas bloqueando carreteras y reunidas frente a los supermercados pidiendo comida y, cuando se les denegó, entrando en los almacenes apropiándose de mercancía. Alrededor de trescientas tiendas fueron asaltadas en once provincias incluyendo la más poblada de todas, Buenos Aires. Aproximadamente veinte personas murieron, todas ellas menores de 35 años; asesinadas por la policía o por disparos de los propietarios de los almacenes. Cientos fueron gravemente heridas y miles arrestadas. Después de una semana de disturbios, miles de hambrientos, desesperados y exhaustos, se juntaron frente a los ayuntamientos del norte, centro y sur del país exigiendo comida a aquellos que percibían como los responsables de sus penurias, a saber, los políticos y funcionarios.

Mientras los pobres urbanos asaltaban tiendas, buena parte de la clase media urbana del país se reunía en las plazas, la mayoría de las veces golpeando cacerolas y sartenes, constituyendo lo que posteriormente se conocería como el «Cacerolazo». Algunos reclamaban la devolución de sus depósitos bancarios (congelados por decreto presidencial), otros expresaban su descontento contra una administración nacional que percibían como corrupta e inepta. «¡Que se vayan todos!» era el *slogan* que, expresando la ira de la muchedumbre respecto a la «clase política», aglutinaba el heterogéneo conglomerado de manifestantes. En la brutal represión contra la muchedumbre que se concentró en la Plaza de Mayo en Buenos Aires, ocho manifestantes fueron asesinados por la Policía Federal.

El fenómeno de los saqueos y «Cacerolazos» de diciembre del 2001 indudablemente se erigirá como uno de los mayores acontecimientos de la historia contemporánea de Argentina. Pero ni los medios ni los significados de los episodios de diciembre del 2001 fueron completamente nuevos. Éstos fueron precedidos por centenares de (más o menos violentas y más o menos masivas) protestas a lo largo del país durante la década de 1990. El texto que aquí se presenta analiza dos episodios cruciales de «protestas desde abajo», explorando todo aquello que nos aporta sobre los orígenes, formas y culturas de protesta en la Argentina contemporánea.

\* Texto traducido por Salvador Martí i Puig. El autor expone que esta investigación fue financiada gracias a una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation de la *American Sociological Association's Fund for the Advancement of the Discipline Award* apoyada por la *American Sociological Association* y de la *National Science Foundation*. Partes de este artículo fueron adaptadas en el trabajo *My Contentious Lives. Two Argentine Women, Two Protests, and the Quest for Recognition* (Duke University Press, 2003).

## II. PROTESTA NORTE, CENTRO Y SUR

Hace diez años, el 16 de diciembre de 1993, aproximadamente quinientos habitantes de la ciudad norteña-oeste de Santiago del Estero asaltaron y quemaron tres edificios públicos (la Casa de Gobierno, la Corte de Justicia y la Legislatura) y una docena de residencias privadas pertenecientes a prominentes políticos y funcionarios locales (entre las cuales destacaban las de tres ex gobernadores, un juez de la Corte Suprema y varios miembros del Parlamento). Descritos por la mayoría de periódicos de Argentina como «gente hambrienta y furiosa», los manifestantes reclamaban el pago de sus salarios y pensiones (que llevaban un atraso de tres meses) y expresaban su descontento hacia la extensa corrupción gubernamental. Durante estos episodios, ahora recordados con el nombre del «Santiagazo» o el «Estallido Social», sólo un par de tiendas fueron asaltadas. Dos personas resultaron heridas en un breve intento de la policía por defender uno de los objetivos de los manifestantes, la Casa de Gobierno. Ochenta y ocho personas fueron arrestadas durante el levantamiento en las 72 horas que siguieron al acontecimiento.

Menos de tres años después del «Santiagazo», otro episodio golpeó la confianza de la Argentina menemista y puso en todas las portadas de los periódicos y en los noticieros de TV el «olvidado interior» del país. Entre el 20 y el 26 de junio de 1996, las ciudades petroleras de *Cutral-co* y *Plaza Huincul* fueron bloqueadas por miles de manifestantes (durante el momento más álgido de la protesta llegaron a ser 20.000) que armaron controles en las vías de las carreteras nacional 22 y provincial 17. Los «piqueteros», tal como se autocalificaban quienes construyeron las barricadas, reclamaban «verdaderos puestos de trabajo» y pedían la presencia física del gobernador para discutir personalmente sus demandas con ellos. La cantidad de manifestantes intimidó a las tropas de la Gendarmería Nacional que habían sido mandadas por el Gobierno Federal para abrir la circulación de la carretera nacional. El día 26 de junio, un día después que las fuerzas represivas dejaron la ciudad, el gobernador Sapag aceptó por escrito la mayoría de las demandas formuladas y firmó un documento frente a una comisión de representantes de los «piqueteros». Durante la «Pueblada», tal como se conoció este episodio, nadie fue arrestado o herido y no hubo ningún asalto.

No es novedoso hoy día exponer que la década pasada fue testimonio de la emergencia de nuevas formas «no convencionales» de protesta popular en Argentina. Acciones como sitiar (y atacar) edificios públicos (oficinas de gobierno, legislaturas y cortes de justicia), alzar barricadas en carreteras nacionales y provinciales, acampar en plazas centrales (y bastantes más concentraciones, incluidas demandas de alimentos en los supermercados) se extendieron en el sur (en las provincias de Neuquén, Río Negro, Santa Cruz, Tierra de Fuego) centro (Córdoba, Buenos Aires) y norte (Jujuy, Salta, Santiago del Estero, Corrientes, Chaco, sólo nombrar algunos) del país. El «Santiagazo» y la «Pueblada» han sido analizados como los hechos fundacionales en el presente ciclo de protestas del país (Laufer y Spiguel, 1999), como los principales ejemplos de resistencia a la implementación e impactos de los programas del ajuste neoliberal (Carrera, 1999; Klachko, 1999), como los casos clave que ilustran el cambio

de repertorio de protesta (Auyero, 2001; Farinetti, 1999; Villalón, 2002) o como los episodios que condensan las modalidades y significados emergentes de protesta (Schuster y Scribano, 2001).

Estallidos (explosiones sociales), bloqueos de carretera, manifestaciones de alcance nacional, ocupaciones masivas de espacios públicos o plazas se han analizado como variaciones del mismo tema, a saber, como elementos de la ola, ciclo o repertorio de protesta que hunden sus raíces en las consecuencias de las políticas de ajuste estructural (Tenti, 2000; Lozano, 2001; Oviedo, 2001), que representan una ruptura con las prácticas tradicionales (como el clientelismo) y que suponen nuevas formas de política popular (Dinerstein, 2001). En muchos sentidos, las interpretaciones académicas analizan el significado de estas protestas exponiendo que incluso la mayoría de los líderes y participantes de las organizaciones «insurgentes» mencionan tanto el «Santiagazo» como la «Pueblada» como una especie de episodios fundacionales de su lucha—la rebelión de 1993 se observa como la acción que inauguró su resistencia contra el «menemismo» y la «insurrección» de 1996 se interpreta como el nacimiento de los «piqueteros» (Kohan, 2002; Cafassi, 2002)—.

Ciertamente, es difícil pensar en otros episodios que ilustren mejor la naturaleza de la actual protesta popular de Argentina que el «Santiagazo» de 1993 y la «Pueblada» de 1996. Sin embargo, los primeros artículos atestiguan un innegable hecho: los manifestantes en Santiago y *Cutral-co* actuaban de forma diferente. En el presente artículo se examinarán las acciones de los manifestantes, los sentimientos, percepciones y creencias compartidas por los dos colectivos. Anunciando algunos de los resultados de la investigación que se presenta cabe exponer que: a) existen diferencias significativas entre las acciones, percepciones e identidades de los manifestantes durante los episodios que se han tomado como ejemplos paradigmáticos del ciclo, ola o repertorio; b) pueden observarse líneas de continuidad entre los episodios de disrupción descritos y rutinas políticas clásicas. Estas dinámicas de continuidad se han pasado por alto al enfatizarse, por la mayor parte de los investigadores sobre acción colectiva en Argentina, las rupturas que han supuesto estas protestas en las prácticas cotidianas de la política.

En la primera parte de este texto se ofrece una perspectiva general de las posiciones compartidas en los trabajos más relevantes sobre protesta popular disruptiva en Argentina. La segunda parte, de mayor enjundia, provee una descripción empírica sobre: a) aquello que hicieron y pensaban (sobre sus mismas acciones) los manifestantes durante esos episodios y b) los vínculos entre las formas convencionales de hacer política y el origen y curso de ambas protestas. Se examina cómo las quejas populares (sobre los salarios atrasados en Santiago o la pérdida de empleos en *Cutral-co*) fueron los ejes del consenso y legitimación de las acciones entre los diversos colectivos, a la par que las medidas tomadas (desencadenantes de esa situación) por parte de las élites gubernamentales y los políticos locales se convertían en ilegítimas. El argumento que se defiende es que en las dos protestas analizadas se observan «políticas morales»<sup>1</sup>

1. Uso aquí la noción de «economía moral» acuñada por E. THOMPSON (1993) y J. SCOTT (1976) pero no aplicándolo, tal como lo hacen los dos autores, al consenso popular sobre las prácticas

divergentes. También se muestra cómo el faccionalismo y el clientelismo de las élites políticas estuvieron profundamente implicados en los orígenes y desarrollo de la «Pueblada» y el «Santiagazo»<sup>2</sup>.

### III. PROTESTAS ENTRE 1990 Y 2000

Los dos ciclos de protesta durante la pasada década sirven para hacer un inventario de modalidades de protesta popular. Entre abril y junio de 1997, los manifestantes organizaron cortes de carretera en vías nacionales y atacaron edificios públicos a lo largo del país. En abril, residentes de las ciudades de *Cutral-co* y *Plaza Huincul* bloquearon los accesos a sus municipios reclamando el cumplimiento de las promesas hechas por el gobernador un año antes con la pretensión de poner punto y final a la «Pueblada» de 1996. Tres meses después en *Cutral-co* varios centenares de manifestantes sitiaron la Casa de Gobierno y tomaron como rehenes a las autoridades

---

disponibles legítimas o ilegítimas; sino a la legitimación de nociones concernientes a las acciones de los políticos electos o los funcionarios del Estado.

2. El trabajo de campo para realizar este trabajo se llevó a cabo en los veranos de 1999, 2000 y durante los meses de enero a abril del 2001. Éste comprendió trabajo de archivo, entrevistas en profundidad, conversaciones informales y *photo-elicitation*. El trabajo de archivo incluyó la lectura de todos los números de los principales periódicos de Santiago del Estero (*El Liberal*) del año 1993 y 1994, números seleccionados del *El Liberal* y *El Nuevo Diario* de los años siguientes, todos los ejemplares de *La Mañana del Sur* durante los años 1995 hasta el 2000 y ejemplares seleccionados del periódico *Río Negro*. El trabajo de archivo también comprendió el análisis de tres periódicos nacionales principales (*La Nación*, *Clarín* y *Página 12*) a lo largo de los años anteriores y posteriores al levantamiento. Leí revistas populares (*Noticias* y *Gente*) que publicaron detallados reportajes sobre los acontecimientos. En Santiago vi un vídeo realizado por dos periodistas locales que proporciona una magnífica cobertura de los acontecimientos del 16 de diciembre. En *Cutral-co*, vi muchos vídeos locales del levantamiento, así como un seguimiento del mismo realizado por el canal de televisión local. También los panfletos, comunicados de prensa, registros policiales y archivos judiciales en la extensión en que estaban disponibles. En Santiago entrevisté a veinte que forman parte activa tanto en las manifestaciones y mítines en la plaza principal que precedieron a la quema del Parlamento, como en la quema y saqueo de los edificios públicos y las residencias de los políticos. También entrevisté a seis periodistas locales, dos policías que estuvieron de servicio el día de la revuelta y al juez encargado de las personas arrestadas. En *Cutral-co* entrevisté a treinta residentes incluidos piqueteros, profesores, funcionarios y desempleados subsidiados. También entrevisté a los alcaldes del momento, un cónsul, un coordinador de la agencia de empleo local, dos periodistas y al fiscal local. Recluté a mis informantes mediante el «método de la bola de nieve»: después de cada entrevista pedía a mi entrevistado que me recomendara amigos o conocidos que pudieran querer hablar sobre los hechos. Para asegurar la representatividad de los informantes, en Santiago entrevisté a gente de las diferentes organizaciones con diferentes niveles de participación durante los meses previos al evento y con diversos itinerarios el día del levantamiento (hombres y mujeres piqueteros que estuvieran en las barricadas alrededor del reloj, residentes que sólo participaron ese día, etc.). En ambos casos, se han cambiado algunos nombres para proteger el anonimato, pero en la mayor parte de los casos a la gente no le importó (de hecho muchos insistieron en ello) que usase sus nombres.

provinciales y municipales, exigiendo el aumento de los subsidios de desempleo. En mayo, veintidós cortes de carretera, organizados por trabajadores municipales y desempleados, aislaron la provincia de Jujuy durante doce días. El gabinete del gobernador Ferraro en pleno dimitió como consecuencia directa de esa protesta masiva.

*Cutral-co* y Jujuy seguramente son los dos casos más memorables, éstos aparecieron en las portadas de los principales periódicos nacionales, pero son sólo uno de muchos. Entre abril y junio, manifestantes bloquearon con barricadas la carretera 3 en Trelew (en la provincia del Chubut), habitantes y desempleados —organizados bajo una organización amplia llamada Multisectorial— bloquearon el tráfico de la carretera nacional 11 en Capitán Bermúdez (provincia de Santa Fe). Durante esos tres meses se sucedieron los cortes en carreteras nacionales y provinciales en Catriel (provincia de Río Negro), Banda del Río Salí (provincia de Tucumán) y en la ciudad de Neuquén (provincia de Neuquén), mientras profesores y maestros llegados desde provincias y la misma capital se concentraban en la Plaza de los Dos Congresos, montando una gran «carpa blanca» con protestas de sus magros salarios y pobres condiciones de trabajo. El gobernador de Salta, que no se destacaba precisamente por ser un aliado de los manifestantes, fue quien mejor sintetizó lo sucedido durante ese ciclo de protestas cuando se refirió a las barricadas que se alzaron por mucho tiempo en las localidades petroleras de Tartagal y General Mosconi en la ruta 34. Éste dijo que «los cortes de carretera son una práctica política que se ha extendido por todo el país».

Tres años después, en noviembre del 2000, esa modalidad de protesta fue aprendida y adoptada por todo el país. Cortes de carretera surgieron y se extendieron en Isidoro Casanova, Esteban Echeverría y Glew (provincia de Buenos Aires), Plottier (Neuquén), Salvador Mazza, Tartagal, General Mosconi, Cuña Muerta y Zanja Honda (Salta), Libertador General San Martín (Jujuy), Resistencia (Chaco) y Belén (Catamarca).

Estos dos ciclos ilustran las nuevas formas de protesta que se dieron en el país. Entre numerosos observadores (Schuster, 1999; Scribano, 1999), probablemente Marina Farinetti (1999 y 2000) sea quien mejor diagnosticó las transformaciones en los significados de la protesta popular en la Argentina de la década de 1990. Según la autora, se desprenden cinco factores: 1) un cambio en el *locus* del conflicto laboral desde el sector industrial al sector público, 2) una menor demanda por el incremento de salarios y un incremento en las reclamación de deudas y seguridad laboral, 3) una disminución en el número de huelgas y un incremento del número de bloqueos de carreteras (en una relación creciente en cuanto a las segundas, aumentando de 51 en 1998, a 252 en 1999, a 514 en 2000 y a 1.383 en el 2001), huelgas de hambre y «ollas populares», 4) la intensificación de protestas en las provincias (siendo las áreas de la región metropolitana de Buenos Aires donde se han dado la gran mayoría de bloqueos en relación con el tamaño de la población)<sup>3</sup> y 5) el incremento de la centralidad de los sindicatos

3. Mientras el 48% de la población está concentrada en Buenos Aires, la Capital Federal, ellos tuvieron el 38% de los bloqueos de carretera entre 1997 y 2000. Por el mismo período, las provincias de Jujuy, Tucumán, Neuquén, Santa Fe, Córdoba y Salta con el 27% del total de la población registró el 42% de los bloqueos.

municipales y provinciales como actores políticos relevantes (Schuster y Pereyra, 2002; Giarraca y Brass, 2002).

La mayoría de los estudiosos de las protestas acontecidas en Argentina han enfatizado el proceso de desproletarización, de achicamiento del Estado y de descentralización de servicios públicos como los fenómenos en que originaron la explosión de la protesta.

#### HIPERDESEMPLEO Y POBREZA

Desde 1988 a 1998 el corazón industrial de Argentina (conocido como «Conurbano Bonaerense») perdió 5.508 plantas industriales y los trabajos industriales decrecieron desde 1.381.805 en 1985 a 1.082.600 en 1994 (una pérdida del 22% de los empleos manufactureros en nueve años). El porcentaje de desempleados en la Argentina actual es de 19,5% de la población activa (INDEC, 2002). El incremento de pobreza es el resultado de ese hiperdesempleo (Íñiguez y Sánchez, 1996). Tal como el economista Ricardo Aronskind (2001: 18) resumió: «el 21,5% de la población era pobre en 1991, el 27% a finales del 2000. Había un 3% de indigentes en 1991 y un 7% en el 2000. A inicios de la década de 1990 había 1.600.000 desempleados, al final del 2000 había 4 millones».

#### NEGLIGENCIA DEL ESTADO

La reducción y desmantelamiento de las políticas de bienestar propias del Estado populista causadas por la adopción de políticas de ajuste estructural supuso el incremento de situaciones de privación material y de las desigualdades. La última década fue testigo de una constante degradación de la educación y la sanidad pública, a la vez que el apoyo a los hogares con bajas rentas desaparecía (Auyero, 1999). La privatización de las empresas públicas (telefonía, correo, líneas aéreas, agua, energía, petróleo, trenes y gas) denotan el alcance del proceso de achicamiento del Estado y el consiguiente impacto en los niveles de desempleo. Entre 1989 y 1999 alrededor de 150.000 trabajadores perdieron su empleo como consecuencia directa de las privatizaciones.

#### DESCENTRALIZACIÓN

A partir de 1989 la responsabilidad administrativa y financiera de la educación (principalmente los colegios secundarios) y servicios de salud (principalmente los hospitales públicos) se transfirieron desde el nivel federal al nivel estatal y municipal. Tal como apuntó Rothen (1999: 86), para el caso de los servicios de la educación secundaria, «la participación en el gasto de la educación pública de los gobiernos provinciales se incrementó del 65,9% al 75,5% entre 1991 y 1997. Al mismo tiempo, a nivel federal decreció del 31,8% al 22,7%». A la vez, si en 1987 los profesores de secundaria empleados federales representaban el 53% del total del gremio, diez años después sólo lo eran el 3%. Mientras, en 1987 alrededor del 47% de los profesores del país eran empleados provinciales, diez años más tarde serían el 98% (Rodríguez Larreta *et al.*, 2000). ¿Cuál fue el impacto de esta transferencia desde el gobierno federal al provincial en cuanto a la dinámica de protestas? La descentralización de los servicios de educación y la sanidad incrementaron la crisis en ambos sectores ya que las de por sí deficientes administraciones provinciales tuvieron que enfrentarse a nuevas exigencias financieras con sus ya magros presupuestos. Los

gobiernos provinciales, incapaces de obtener recursos, mantener sus edificios y pagar su personal se convirtieron en el centro de las exigencias y reclamos de los nuevos «funcionarios provinciales». Las protestas masivas de los maestros y trabajadores de la salud a lo largo de todo el país en 1990 (los llamados «jeringazos» de los hospitales públicos y las innumerables huelgas de maestros) son difíciles de entender sin tener conocimiento del fenómeno descentralizador arriba expuesto y es por ello que los manifestantes redirigieron sus reclamos a las administraciones provinciales. Así se pudo observar un cambio en el *locus* de la acción colectiva: de ser un asunto nacional, pasó a ser provincial.

Muchos observadores también están de acuerdo en afirmar que las formas de protesta política no han mantenido vínculos con las formas y rutinas de la política convencional. Lozano (2001), por ejemplo, apunta que las organizaciones insurgentes tradicionalmente han mantenido una estructura política autónoma. Dinerstein (2001) expone que los bloqueos de carreteras «reinventan las formas de hacer política». Schuster y Scribano (2001: 21), a su vez, afirman que los «no afiliados» son los actores mayoritarios en esta ola de protesta que constituye «un modo de ruptura con el orden social establecido».

A continuación se realizará una mirada atenta y cercana a cómo los dos episodios han servido para cuestionar: a) la tendencia a homogenizar las protestas como fenómenos emergentes por causas semejantes y con formas análogas y b) la tendencia común de separar las protestas de las rutinas propias de la política convencional, es una posición –debo decir–, que va en contra no sólo de lo que vemos en las bases sino también en contra de lo que sabemos acerca de las continuidades que existen entre la política institucionalizada y la acción colectiva (Goldstone, 2002).

#### IV. EL ESTALLIDO

El 16 de diciembre de 1993, estudiantes de secundaria y universitarios, jubilados, trabajadores del sector informal y jóvenes desempleados se unieron a los trabajadores de la Administración provincial y municipal para concentrarse frente a la Casa de Gobierno de Santiago del Estero. Los manifestantes descontentos lanzaron adoquines, palos, botellas y losas a la Casa de Gobierno mientras intentaban penetrar en el edificio. La policía lanzó gas lacrimógeno y balas de goma a la multitud que retrocedió hasta la Plaza Central de Santiago. Al poco rato la policía desapareció y abandonó la escena. Se dio lugar al último saqueo de la Casa de Gobierno. Cuarenta minutos después, la Corte de Justicia, a dos cuadras de distancia, fue el objetivo de cientos de manifestantes. Rompieron los cristales de las ventanas y entraron en el edificio, robaron los ordenadores, las máquinas de escribir y los archivos de los casos judiciales y quemaron las mesas y las sillas de los despachos. En el informe de la policía sobre el «asalto» puede leerse: «[Alrededor de la 1 pm, un] grupo llegó al Congreso y, con los mismos métodos usados en los dos edificios anteriores, los individuos entraron, destruyeron y quemaron diversos muebles y documentación y se apropiaron de diferentes objetos...».

Así es como algunos manifestantes me describieron lo que ellos llamaron «la procesión» a través del centro de ciudad durante el día de la «explosión».

Cuando estábamos en la Casa de Gobierno los empleados públicos aplaudían el fuego. Parecía natural pasearse por el Congreso. Fue en el Congreso donde había mayor ira acumulada porque los legisladores votaron a favor de la Ley *Ómnibus*<sup>4</sup>...

Antes de estar en la Legislatura, algunos manifestantes volvieron a sus casas o a la Plaza Mayor, pero «un grupo muy dinámico empezó a moverse alrededor con bicicletas y ciclomotores», cuenta otro manifestante. Este «grupo muy dinámico» llegó de la casa de algunos políticos y se juntó con los vecinos en el incendio y el asalto.

Las residencias que los manifestantes atacaron, saquearon y quemaron el 16 de diciembre fueron definidas como objetivos durante los meses anteriores. La «precisión» con que la multitud se movía de una casa a otra (precisión que los funcionarios y algunos damnificados usaron como evidencia de la existencia de activistas) ilustra un proceso previo de reconfiguración de la geografía de la ciudad en términos de localización de las fuentes de corrupción y sufrimiento, fuentes que, en palabras de otro participante, «merecían ser quemadas». «¿Cómo decidiste los lugares dónde ir?». Yo pregunté a Marilú, una empleada pública. «Aquí en Santiago, todo el mundo se conoce y sabe dónde vive la gente... Y si alguno dice “vamos allí porque ése ha estado robándonos”, vamos. Porque así es en Santiago, todos nos conocemos». Pero aunque la mayoría de la élite política local era considerada corrupta a los ojos de los manifestantes no todas las casas fueron saqueadas. Algunos ataques se negociaron en algún lugar. Cuando centenares de manifestantes alcanzaron la casa del diputado Washerberg «el tipo, que estaba con sus hijos en la parte trasera de la casa, se volvió loco. Su mujer salió de la casa para defenderlo gritando: “Por favor, no hagan eso...” y se arrodilló frente a nosotros. Y es que Washerberg se opuso a la Ley *Ómnibus* y votó contra ella... Así que después de los gritos de su mujer, los cinco galones de lágrimas, no se saqueó su casa» (Mariano).

Otros, cuyas casas «merecían ser quemadas», se dejaron por razones logísticas: «el nuevo objetivo» añade Mariano «es la casa de Corvalán, un líder sindical cercano al gobierno. Pero no se le quemó porque vive en una casa adosada y se tenía miedo que el resto de casas de los vecinos fueran alcanzadas por el fuego». Y otros, se salvaron parcialmente del ataque porque fueron disueltos por la acción de la policía: «Estábamos intentando destruir la casa de Lobo cuando vino la policía» expone Raúl, y Mario añade, exponiendo la interacción entre el tamaño de la ciudad y la represión intermitente en el itinerario de los manifestantes:

4. La Ley *Ómnibus* es el nombre que se dio en Argentina a la ley de ajuste económico que aprobó el Parlamento el 12 de noviembre de 1993 y que implicó el despido de miles de trabajadores temporales, la reducción de los salarios en la Administración Pública y la privatización de servicios. En provincias, donde casi la mitad de los salarios existentes son del sector público, la ley provocó protestas masivas.

Santiago es una ciudad pequeña. Cada uno se conoce, todo el mundo sabe quién es quien. Dejamos el Congreso y la Casa del Gobernador... Desde allí tomamos otra calle y nos fuimos a la casa de [funcionario del gobierno] Cramaro. Es una casa muy bonita, con mucha madera y cosas lindas en el interior. Ellos entraron y lo destruyeron. Algunos policías vinieron y nos echaron. Luego nosotros tomamos la Avenida... y el grupo se fue a la casa del Juárez [el anterior Gobernador] a pie o en bicicleta... La casa de Irurre [el anterior Gobernador] es espectacular, con piscina... Ellos también la quemaron. Antes de ello algunos decían que también se tenía que ir a quemar la casa de Granda [diputado] [...] Él estaba dentro, solo. Ellos fueron a la casa y a él no le tocaron. Pero la casa la asaltaron y la quemaron. Ellos empezaron a llevarse cosas, bandejas de plata y tazas de té... *Fue un momento de gozo.* Es como robar a compañeros que han abusado del poder muchos años (el énfasis es mío).

A través de señales (que significaban negociación, logística y protección a posibles acciones represivas) los manifestantes se movían de un lugar a otro. A través de esas señales, la radio local jugó un papel muy importante en el seguimiento de la acción de la muchedumbre, «como si fuera un partido de fútbol». Los lugares que atacaron los manifestantes tienen, a la vez, diferentes historias y significados (la plaza y la Casa del Gobierno fueron durante mucho tiempo los centros de la vida política y también de la protesta, a saber, un lugar que se convirtió en espacio de protesta sólo desde 1993). El 16 de diciembre de 1993 el clamor contra la corrupción y las demandas por el cobro de sueldos se concretó a través del ataque de edificios públicos y casas privadas.

Las rutinas políticas están profundamente enraizadas en las masas, después de todo, la ruta que los manifestantes hicieron estaba relacionada con las casas de los jefes políticos, que son casas que muchos manifestantes estaban acostumbrados a visitar. En este sentido, Carlos me dijo un comentario que expresa las continuidades entre las redes políticas personales y la protesta:

Aquí, en Santiago, hay bandas que sirven para muchas cosas. Estas bandas están formadas por jóvenes de barrios marginales. El Partido Radical o el Peronista los invita a asados y los usa para las campañas a cambio de comida o dinero... Estos jóvenes conocen cada uno de los mecanismos ya que están acostumbrados a ser utilizados por los políticos, ministros o miembros del Parlamento. Ellos no son ni peronistas ni radicales, ellos van con quien sea. Ellos conocen las casas de los políticos. Ellos estaban allí, pues los políticos corruptos los invitan a sus residencias y saben cómo funciona la política. Ellos eran los jóvenes que atacaron las casas de los políticos el 16 de diciembre. Ellos conocen perfectamente dónde viven...

Lo que sigue es la descripción que hizo Roberto en la interacción entre los pocos agentes de policía y los manifestantes que querían asaltar la casa del Ministro de Trabajo Social. La descripción no sólo da cuenta de las acciones de los manifestantes y la policía, sino algo mucho más importante, expone el sentido que tiene esa casa en particular, insinuando las sensaciones que los manifestantes experimentaron

en ese momento. Ese sentimiento puede resumirse como «un momento de gozo» del que Mario nos habla:

La gente empezó a reunirse en frente de la casa, una casa que se construyó el señor en un año, en el mero centro de la ciudad. El dueño es un exhibicionista. Acumula beneficios y «coimas». La gente se concentró delante de la casa como queriendo decir «estamos aquí». Y la muchedumbre empezó a golpear la puerta. La policía llegó. Había dos coches de policía que fueron a salvarlo. Pero tú podrías decir por la cara que hacían los policías que ellos también gozaban en ese momento pues seguro que ese hombre también los había jodido a ellos, ésta fue la situación. Y había doscientas personas frente a la casa. Era lindo ver esa escena, ya que hasta cierto punto, la policía que tenía que controlar la situación ya no podían contenerla. Para ello tendrían que haber disparado a la gente, pero no podrían hacerlo ya que se trataba *casi de una fiesta, un caos...* Así que se hizo un pacto... La masa, los jóvenes al frente, dijo a los policías: «le dejamos que se lleven al hombre, pero luego tienen que irse». *Ellos se sentían fuertes...* y la policía se había debilitado: no podían disparar –eran 10 contra doscientos–. [Parecía una] situación tolerada, de complicidad... (el énfasis es mío).

#### IV.1. *Fiesta*

Después del infructuoso intento de proteger la Casa de Gobierno, con gas lacrimógeno y balas de goma, la policía fue llegando sólo esporádicamente para proteger a alguna víctima de los ataques. Los manifestantes tuvieron la posibilidad de disfrutar de momentos de diversión y gozo, momentos que contrastaban con la tensión vivida en la Plaza Mayor.

Las calles principales de Santiago se convirtieron en un espacio inolvidable para la acción colectiva. «Por una vez Santiago fue nuestro» me contó Nana, una manifestante, «Fue increíblemente divertido». Y Marcelo, en ese momento un aprendiz de periodista, recordó la atmósfera festiva:

Mucha gente llegó como espectadora. Cuando nosotros estábamos en la terraza ocurrió algo divertido. La gente se sentó en la terraza con helados, pues hacía mucho calor. Estaban mirando lo que pasaba. Y se decían los unos a los otros: «Mira lo que lleva ese en la caja» o «mira ese otro... con un cerdito». Se llevaron sillas, puertas, maletas con vestidos dentro...

Según los relatos de los participantes, el espectáculo terminó como un banquete alucinante. Nació un «vínculo de simpatía» (Rude, 1964) entre aquellos que formaban la muchedumbre y los que contemplaban, estableciendo un constante intercambio de los papeles de espectador y participante activo. María recuerda «Mirábamos eso como un espectáculo popular, una cosa del pueblo, espontánea y comprensible». En una entrevista con Manuel, otro participante, le mencioné el título que apareció en

un periódico el día siguiente «El día más triste». Y él me respondió: «No, en absoluto. Es el día de la felicidad y la explosión... de mucha rabia... es triste para ellos, porque el Palacio de Gobierno y el Parlamento se quemaron». El levantamiento fue vivido como una experiencia placentera y divertida:

La casa de Casanegra<sup>5</sup>, donde las ventanas del dormitorio tienen barrotes, los chicos también entraron a saquearla. Ellos empezaron a quemarla y yo pude ver que las llamas avanzaban. Había algunos chicos en el piso de arriba que, a causa de los barrotes, no podrían salir. Se podían ver allí. Había una masa de gente fuera, todos ellos estaban preocupados esperando que los chicos salieran. Una mujer levantó la mano que sostenía un bello zapato rosa. A través de los barrotes se podía ver a un chico que reconoció la mujer y le lanzó algo desde la ventana. Ella lo miró a él y al zapato y le dijo «[necesito] el otro!!» [riendo]. Ese chico se estaba jugando la vida y ella le preguntaba por el otro zapato. ¡Qué lindo! Reíamos como locos (Roberto).

Otro sindicalista, Andrés, compara esa sensación con la de «fumar maría... o como cuando haces el amor con alguien con el que deseabas hacerlo desde hace mucho tiempo». Los periódicos expusieron que los aplausos a los manifestantes de la gente que estaba mirando desde la terraza parecían una «contradicción». «Tomando en cuenta el momento crítico que vivía la ciudad [...] parece una contradicción que las personas que observaban las acciones de los manifestantes lo celebraran y les aplaudieran como si fuera su botín, mirando en un estado casi de felicidad» (*El Liberal*, 12/17/93: 4). En palabras de los manifestantes, la «celebración» fue de la ciudad y no podía verse como una contradicción.

La cantidad de imágenes de parodia, expresiones soeces y degeneración, dieron al levantamiento un aire de carnaval. Un hombre vestido con las ropas de Nina (la mujer del gobernador Juárez) desfilando como una modelo frente la mansión del antiguo gobernador y yéndose con sus «trofeos», otro sentado en la silla del gobernador saludando con sus brazos al gentío desde el balcón de la Casa de Gobierno. «Eso es lo que realmente me impresionó» dijo René; «Esa imagen es la que más me chocó» apuntó Juana. Abajo la gente escribía insultos y amenazas a las autoridades en las paredes: «Traidores. Los mataremos»; «Dios perdoname. Arzobispo hijo de puta» (el arzobispo apoyó la aprobación de la *Ley Omnibus*), «Juarez, Iturre, Lobo, Múgica, hijos de puta». En esos *graffitis* los manifestantes no sólo identificaron la situación de su descontento, también expusieron quiénes eran ellos: «En Santiago ya no hay más corderos», así (como lo expuesto en ese muro de la Casa de Gobierno) se resumió el sentir general. No más corderos, indicando que no habría más gente cobarde, no más calma ni santiagueños sumisos. Y con ello se quería decir: «nosotros, los agraviados, la gente honesta, no estamos dispuestos a sufrir esto, nunca más». En los muros de la Casa de Gobierno los manifestantes dejaron –para otros manifestantes, para las élites, para los *mass media* y

5. Casanegra era el anterior Ministro de Trabajo Social. Su casa fue casi totalmente destruida.

para nosotros, los analistas— a nuestra disposición los símbolos del sentir de la protesta y de cómo ellos mismos la entendieron y personificaron.

Episodios de desfiles rituales, de inversión y sarcasmo y de transgresión también abundaron. «Ese chico» describe Roberto, «se meó en toda la cama de Juárez y Nina... esparciéndolo... divertido». Y Totó, un policía, añade: «Ese tipo es loco, entró en una de las casas con un chubasquero y un sombrero, a la Humphey Bogart... la gente reía, como un *show*... lo celebraba». Cuenta Ricardo:

Vi a un hombre grande y gordo —muy impresionante— con un sofá, una joya. Debía ser una pieza única. El hombre gordo lo cargaba solo caminando en medio de la calle, como si fuera su propia casa. De golpe miró alrededor y vio un coche de policía. Paró y era obvio que debían meterlo en la prisión, el hombre no podía negar que estaba robando [riéndose]. Los policías lo rodearon y él puso el sofá en el suelo y le metieron a él en el coche. El hombre no se resistió. Usó todo el asiento de atrás del coche y se sentó de espaldas al conductor. Y se fue. Cuando el coche se dio la vuelta la gente lo paró y dijo: «Denos el hombre de atrás, devuélvanos el gordo!!!». Sabes, los cambiaron. Los policías sacaron el gordo del carro y tomaron el sofá... la gente aplaudió [riéndose].

Para los participantes el 16 de diciembre tiene muchos elementos de igualitarismo carnavalesco. Ese día fue vivido como un «tiempo de privilegio donde aquello que la gente se guarda para sí puede expresarse con total impunidad», un tiempo especial que para Peter Burke (1978) es observado como una de las características de los rituales populares: la «suspensión temporal de las distinciones jerárquicas y las barreras», a saber, lo que Bakhtin define como lo central de lo carnavalesco (Bakhtin, 1984: 15; Stallybrass y White, 1986; Steinberg, 1998). Lejos de ser un espacio para el olvido, este «Carnaval» sirvió para que los manifestantes airearan su rabia contra quienes claramente identificaban como los malechores, los políticos locales.

## V. LA «PUEBLADA» Y LOS PIQUETEROS

El 20 de junio de 1996, temprano, una de las radios más importantes de *Cutral-co*, Radio Victoria, comunicó malas noticias. El gobierno provincial canceló un acuerdo con *Agrium*, una compañía canadiense, para construir una planta de fertilizantes en la región. Luego la estación de radio «abrió los micrófonos para oír la reacción de los oyentes... Un vecino dijo que la gente tenía que hacer oír su descontento... [otro] dijo que tenían que reunirse en la carretera», apunta Mario Fernández, el director y propietario de la estación de radio (Sánchez, 1997: 9). En todas las entrevistas que hice se habla de los mensajes de esta radio como centro de conexión, no sólo en términos de que la gente decía cosas sino también por la forma en que la radio local construyó la noticia de la cancelación del proyecto de la planta de fertilizantes. En Radio Victoria, el antiguo alcalde Grittini y su aliado político, el propietario y director de la radio, Mario Fernández, describieron que la cancelación del proyecto con *Agrium* fue como la

«estocada final de las dos comunidades», como «la última oportunidad perdida» y como una «decisión absolutamente arbitraria del gobierno provincial». Daniel recuerda que: «había mucha rabia... la radio dijo que teníamos que salir y protestar, dijeron que era el momento de ser valientes». Daniel, Zulma y el resto señalaron el mismo «marco articulador» y sus funciones: la radio creó el significado de la «situación social» y persuadió a la gente a ir a la carretera.

Como decía la radio, «la ira que sentimos», tal como me contó Daniel, y llamamos a la gente a Torre Uno (el lugar donde se recuerda haber descubierto petróleo en la región) sobre la carretera 22. Los taxis los llevarían gratis. ¿Fue una súbita erupción de indignación? ¿Fueron los reporteros de la radio y los conductores de los taxis los primeros en reaccionar? No lo creo. El faccionalismo interno en el partido en el gobierno MPN y particularmente, las acciones del antiguo alcalde Grittini, quien había pagado a su propia gente para activar su lucha personal con el alcalde Martinasso y el gobernador Sapag, son las raíces tanto del «enmarque de la injusticia»<sup>6</sup> como de la movilización de recursos<sup>7</sup>. En una entrevista que preferí no grabar, «porque la verdad no puede contarse con un *casette* grabando», Martinasso me contó «Grittini estaba detrás de las protestas durante los dos primeros días. ¿Cómo? Bueno, en primer lugar comprando un par de radios locales para poder movilizar a la gente a la carretera». «¿Es fácil comprar una radio?», le pregunté inocentemente. «Yo mismo pago Radio Victoria para que anuncie cosas positivas de mi administración. El área de recepción de la radio se construyó con el dinero que yo le pagué a su propietario... Así es como funciona la política en *Cutral-co*». Los esfuerzos de Grittini y sus amigos (el propietario de Radio Victoria, Fernández, fue una persona clave de este episodio) no terminaron aquí. Si bien no hay evidencias concluyentes, varias fuentes (periodistas, políticos y manifestantes) indicaron que también llevaron camiones y cientos de neumáticos a los diversos piquetes y algunos *bulldozers* para bloquear el tráfico. También estuvo en la distribución gratuita de comida, gasolina, leña y cigarrillos en las barricadas. Incluso hay quien dice que Grittini pagó \$50 por noche a los centenares de jóvenes piqueteros y que sus amigos proveyeron vino y drogas. Más allá de lo expuesto, hay algunos pasajes de mis entrevistas en los que los antiguos «piqueteros» perciben el papel crucial que jugó la política de partido en este episodio de protesta:

Daniel: En el primer piquete, el que estaba en la curva antes de Torre Uno, éramos unas treinta personas. Nos dieron colchones, comida, café y leche...

Javier: ¿Y quién les dio todo eso?

Daniel: Bueno, quizás... políticos...

6. Un «marco de injusticia» es un modo de interpretación –previo a la protesta– producido y adoptado por aquellos que clasifican la acción de una autoridad como justa o injusta (J. GAMSON, 1992a, 1992b).

7. Para ver obras clásicas sobre movilización de recursos revisar J. MCCARTHY y M. ZALD (1973, 1977) y C. JENKINS (1983).

Javier: Contame algo sobre la primera organización. ¿Quién decide emplazar las barricadas?

Mary: Creo que todo vino desde arriba, todo estaba preparado. Pues es una gran coincidencia que todo ocurriera alrededor de Torre Uno. Pero no tengo idea de quién lo organizó o quién encendió la primera chispa. Pero vimos (especialmente los primeros días) muchos políticos... así pues, yo estaba allí por curiosidad.

Javier: De esta forma ustedes, los piqueteros, no fueron quienes decidieron bloquear la carretera...

Jote: No, no, no... Eso fue propuesto por una de las facciones del MPN. Fue la radio la que promovió todo. Fue como una llamada para un mitin...

Así, mientras la radio exponía sus mensajes de malestar (diciendo a la gente que «tenía que hacer algo» y llamando que se fuera a Torre Uno), los taxis llevaban a la gente a las barricadas gratis, se regalaban neumáticos a los piquetes, comida, cigarrillos y otras mercancía («¡Incluso teníamos pañales para los niños!» expusieron algunas mujeres que estaban allí). Esta movilización de recursos y el proceso de enmarque no operó de la nada, sino que se hizo vía una bien establecida red política a través de la cual se distribuyeron recursos y se extendió la información. Pero la movilización y el enmarque también se dio bajo condiciones maduras para que cundiera una protesta a gran escala, a saber, la escalada de desempleo en el área y el rápido proceso de empobrecimiento colectivo.

### V.1. *El pueblo al filo de la desaparición*

Ambos pueblos, *Plaza Huincul* y *Cutral-co*, nacieron y se desarrollaron a través de la actividad petrolera. Desde sus comienzos, en 1918 y 1933 respectivamente, ambas localidades crecieron al ritmo de (y devinieron cada vez más dependientes) los beneficios de la producción petrolera y de las actividades de la compañía estatal de petróleos, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (de aquí en adelante YPF, la primera compañía fundada por el gobierno en 1922). Con el descubrimiento del petróleo en la zona llegó la ocupación territorial y el establecimiento de pobladores se fue dando bajo las directrices del Estado. El rápido crecimiento de la población en ambas poblaciones refleja la expansión de las actividades de YPF. Desde 1947 a 1990, el total de población creció de 6.452 a 44.711, un crecimiento impresionante según todos los cálculos (Favaro y Bucciarelli, 1994). Durante toda la vida YPF benefició a sus trabajadores con salarios por encima de la media, modernos servicios de vivienda para el personal de la empresa («cualquier cosa que se estropeará en la casa era arreglada por YPF» decían repetidamente los antiguos trabajadores de YPF), acceso a un excelente hospital y plan sanitario, vacaciones pagadas («una vez al año teníamos un *ticket* de avión libre y dos semanas en un hotel en Buenos Aires o en cualquier lugar del país»). La política social de YPF se extendió más allá de los confines de la compañía: la vida social y económica de la región fue estimulada por la presencia de YPF; que construyó barrios enteros,

construyó los servicios de agua y electricidad de otros, construyó hospitales de primera calidad, una sala de cine y teatro, un servicio de deportes y proveyó autobuses escolares para la mayoría de la población. En otras palabras, YPF «lo hizo todo para los dos pueblos: trabajo, salud, educación, deportes y tiempo libre» (Costallat, 1999: 6).

En menos de dos años el sistema económico y la forma de vida que había durado más de cuatro décadas fueron literalmente hechos añicos. La privatización de YPF se aprobó en el Congreso Nacional el 24 de septiembre de 1992 y pronto se observaron los efectos devastadores que tuvo para la región. YPF no sólo redujo su personal de 4.200 a 600 empleados en menos de un año, también dejó de ser la empresa prestadora de servicios a raíz de la cual se vertebró la vida de las dos localidades (la compañía incluso trasladó sus oficinas fuera de *Plaza Huincul*) y se convirtió en una industria de enclave que funcionaba según el estricto guión de la lógica capitalista.

Las portadas de los periódicos más importantes de la región plasmaron la atmósfera de los primeros efectos que la privatización dejó sentir en *Cutral-co* y *Plaza Huincul*: «Un futuro incierto espera a *Cutral-co* y *Plaza Huincul*» (*Río Negro*, 1/21/1992), «Alarmante desempleo en la región del petróleo» (*Río Negro*, 5/6/1992), «La lucha por no convertirse en un pueblo fantasma» (*Río Negro*, 3/26/1994). Los despidos masivos fueron realidad y los artículos describieron otra vez la «sensación general de incertidumbre» sobre el inicio de un proceso que hoy está en plena vigencia: el «hiperdesempleo». En *Cutral-co*, el 30% de la población económicamente activa (25.340 habitantes) estaba desempleada (1997). Más de la mitad de la población de ambos pueblos vive por debajo de la línea oficial de pobreza (Favaro *et al.*, 1997).

## V.2. *Retomando el camino*

En pocas horas cientos de habitantes se movilizaron en Torre Uno para expresar su descontento contra lo que percibían como una decisión arbitraria del gobernador. Cuando el día llegaba a su fin algunos manifestantes decidieron seguir en la carretera (coordinando sus acciones a través de la radio local) bloqueando el acceso a los dos pueblos con neumáticos quemados, alambres de púas, máquinas viejas, coches, piedras y sus propios cuerpos. Después de un día en la barricada se convocó otra reunión por parte de los organizadores iniciales (vinculados al MPN) a Torre Uno. En esa reunión, algunos de los notables locales expresaron su disgusto con la decisión del gobernador y pidieron su dimisión. Otros, sobre todo aquellos que tenían poca experiencia política y que habían estado en el piquete durante las noches anteriores, se ausentaron de la discusión. Esa reunión se parecía mucho a un acto de campaña electoral. Tal como Rubén expuso: «Cuando llegué a Torre me di cuenta que era una concentración política, allí había, como siempre, tres o cuatro políticos haciendo promesas...». La única diferencia es que, en vez de volver a casa, los participantes se volvieron a las barricadas. Un grupo de ellos hizo otra reunión en otra barricada (la barricada del aeropuerto) donde se dio origen a su propia organización: el «Comité de los Representantes Piqueteros». Laura Padilla fue uno de los portavoces y el

reclamo que se acuñó fue «queremos la presencia del gobernador y que nos dé soluciones (es decir, trabajo)».

Cuatro años después del episodio Jote, un piquetero, me contó: «el primer día ellos, los políticos, organizaron secretamente toda la historia. Pero el segundo día, hablando entre nosotros, en el piquete, nos dimos cuenta que era una maniobra política. Y empezamos a organizarnos, dijimos a los políticos que se fueran y que sólo queríamos hablar con un político: el mismo gobernador». En la reunión del aeropuerto, en la protesta del segundo día, los piqueteros estuvieron de acuerdo en que los políticos trataron de usar la protesta en su propio beneficio (la sospecha general era, tal como he descrito, que Grittini usó la excusa de la planta de fertilizantes para seguir con su lucha personal con su antiguo aliado, el alcalde Martinasso, y por extensión contra el gobernador Sapag, su anterior competidor en las internas del MPN). «En la reunión» me contó Laura, «todos teníamos la misma sensación: los políticos nos están usando, ellos nos ignoran en Torre Uno». Y de ello surgió la aparición de la primera organización piquetera, me dijo Laura, Jote y otros, así del disgusto por los políticos locales aparecieron las bases de una protesta dentro de la protesta y una identidad común.

El día siguiente la TV local reportó la primera aparición de Laura leyendo un comunicado del recientemente creado «Comité Representativo de los Piqueteros». Ella leyó: «Nosotros, vecinos autoorganizados, pedimos al gobernador...». Era una larga lista de demandas incluido trabajo, apoyo a los desempleados, moratorias a impuestos locales, facturas de electricidad y gas, crédito barato para los negocios locales y la reactivación del «proyecto de la planta de fertilizantes». Si bien los manifestantes nunca cesaron de pedir «genuinas fuentes de empleo», después del tercer día en la carretera las exigencias perdieron especificidad («queremos la planta de fertilizantes») y devino en un lema más general («queremos trabajo») pero también más urgente («queremos que el gobernador Sapag venga aquí, ahora»). Mientras eso pasaba, el clamor de la muchedumbre establecía la demarcación de fronteras entre «nosotros», los piqueteros y el pueblo, y «ellos», los políticos. El primer comunicado puso de manifiesto la primera caracterización colectiva como vecinos autoconvencidos. En el curso de los siguientes días esta autodefinition varió los términos («la gente», «ciudadanos») pero no el significado: quienes se manifestaban en la carretera y estaban día y noche en los piquetes no eran políticos. En otras palabras, mucho de lo que aconteció durante la protesta empezó a revolver la forma de entender la protesta y la percepción de sus protagonistas, «somos el pueblo. No hay políticos entre nosotros». Esto es muy significativo de la experiencia colectiva de la «Pueblada», ya que la definición de lo que son los piqueteros y sobre el objetivo de la protesta influyó en sus reclamos. Tal como Omar apunta, en menos de un mes, la protesta:

[después de la reunión de Torre] me convencí a mí mismo que no teníamos que luchar por la planta de fertilizantes sino por algo más. La planta es importante para *Cutralco*, pero no para la gente, pues no es una fuente de empleos... En la reunión la idea creció más y más: el señor Sapag tiene que venir aquí, a explicarnos qué va a pasar con nosotros. Estábamos en los piquetes... y la única cosa que los piqueteros decían era que

el gobernador tenía que venir... Creo que queríamos que viera cuál era nuestra (lamentable) situación.

En una entrevista en el noticiero local de TV por canal, el gobernador Sapag rechazó ir a *Cutral-co* antes que los manifestantes «limpiaran la carretera y se fueran a casa». En la entrevista expuso su propia definición de lo que estaba pasando y quiénes eran los actores más importantes:

Cuando haya cesado la protesta violenta yo iré a *Cutral-co*. Todos tenemos derecho a hacer reclamos, a pedir. Pero la libertad del resto de gente no puede verse afectada. Y lamentablemente la gente de Plaza Huinca, bloqueando carreteras transitadas, está cometiendo una ilegalidad... Tomando en cuenta eso, el gobernador no puede hablar con gente que está cometiendo un crimen [...].

«El domingo 23 Sapag nos amenazó como si fuéramos criminales... es terrible. Los piqueteros estaban furiosos: estar hambrientos no es un delito», nos describe Laura. Ella era una más de las indignadas por las palabras del gobernador. La TV local grabó las reacciones de los habitantes a las palabras del gobernador. Más que las demandas concretas la guerra de declaraciones abrió la discusión de a quién pertenece la carretera. Para el gobernador los habitantes, instigados por los políticos locales, estaban cometiendo un delito. Para los habitantes y los piqueteros ellos representaban todo el pueblo. Los pobladores de *Cutral-co* decían ante las cámaras de Canal 2:

El gobernador indica que esta protesta está manipulada por políticos, que es el producto del faccionalismo partidario. No es cierto. Es la gente la que ha ocupado las calles... díganle al gobernador que de la misma forma que viene aquí a buscar votos... ahora tienen que presentarse y decirnos —«estoy con el pueblo, voy a reunirme con él y saber sus necesidades».

Omar, uno de los portavoces de los piqueteros, dijo en un noticiero local de TV: «Queremos que el gobernador pare sus críticas en referencia a lo que dijo la pasada noche... El pueblo de verdad quiere hablar con él sin políticos».

En ningún sitio está más plenamente reflejado el proceso de concienciación de los piqueteros como en el cuaderno escrito por Laura, la portavoz de los piqueteros. En sus recordados minutos de las varias reuniones que los piqueteros tenían durante los días de la protesta, ella muestra las actividades a las que los protestantes de la calle dedicaron la mayor parte de su tiempo: «poner etiquetas en los vehículos», «pedir una reunión con la asociación de abogados», «máquinas para bloquear las calles», «jubilados» «encargados de la comida». En una de las páginas, el cuaderno tiene los números de las emisoras de radio y televisión y una frase: «utilizad a los medios de comunicación», «usad a los medios de comunicación»; y explica Laura «para que alguien nos preste atención». Sus anotaciones y comentarios muestran la profunda concienciación que los protestantes tienen sobre el papel clave que los medios de comunicación pueden jugar

en buscar una protesta visible al otro lado de los confines de las dos ciudades e incluso más allá de los límites de la provincia. En sus anotaciones, no obstante, esta preocupación por la visibilidad no es meramente una necesidad estratégica. También es una expresión de la base dialogante de la identidad que los piqueteros están defendiendo ahora; si con la ayuda de los medios de comunicación son tenidos en cuenta, su imagen colectiva cambiará a los ojos del principal objeto de sus demandas, el gobernador Sapag. Como Laura reclama: «Hacia lo que nos dirigíamos era completamente desconocido... para el resto del país. Por eso queríamos ponernos en contacto con las emisoras nacionales de radio y televisión. Pensábamos: si alguien nos presta algo de atención, el gobernador se dará cuenta de que no somos marginales. Se dará cuenta de que todo el mundo está aquí».

Los medios de comunicación en ese período, según las entrevistas hechas años después, registraron la demanda de que los piqueteros tenían que ser escuchados. En esos momentos, cuando *Cutral-co* y *Plaza Huincul* fueron percibidos por los habitantes y el resto de ciudadanos como dos ciudades que se transformaron en poblados fantasma, todo el mundo enfatizó la necesidad de «ser oído», «ser noticia» y que el gobernador mismo tenía que hacer algo contra la invisibilidad de ese fenómeno, contra la amenaza de desaparición. Como Marcelo, un piquetero, apuntó: «Cortamos el tráfico porque era la única vía en que podíamos ser escuchados...». O como Mary, con sus ojos llenos de lágrimas, expuso: «Mi hijo me preguntó por qué estábamos en la carretera. Y yo le dije: “mira atento, esto es el pueblo que necesita ser oído”. El pueblo en esta ciudad necesita ser consciente de las cosas que ha perdido, las cosas que el gobierno nos ha quitado. Yo lo entendí de esta forma, yo lo viví así». Escuchando a Rubén, Mary y Mónica –quienes me dijeron enfadadas– «Nosotros no queríamos movernos de la carretera porque vivimos aquí, en *Cutral-co*... Por qué tenemos que irnos si queremos este lugar... Crecimos aquí». Así es posible afirmar que la vida social creada durante esos siete días dio a los habitantes algo que hasta ese momento no tenían: una razón para existir. Estar en la carretera les dio el poder de rescatar su pueblo del olvido oficial, fue una oportunidad para emerger de la indiferencia del Estado.

Más de la mitad de la población de los dos pueblos esperaba los soldados que, durante la mañana del 25 de junio, fueron enviados por el gobierno federal para limpiar la carretera nacional. Laura, portavoz de los piqueteros, apuntó que «en la barricada yo estaba junto a una madre pobre con sus hijos, trabajadores que habían sido despedidos por YPF, desempleados y subempleados. Pero también se podía encontrar maestros y profesores, médicos, abogados, oficinistas, vendedores y amas de casa. En cada piquete había una mezcla de personas». Ese colectivo –«que se llamaba nosotros»– tenía realmente sentido, luchaba contra la ausencia de trabajos y oportunidades en esos dos pueblos y contra el peligro que supondría la desaparición total de trabajo para la supervivencia de ese pueblo.

¿Cómo se definían los manifestantes a sí mismos? Como suele ocurrir en estos casos se definían como «unidos» (diciendo «todo el pueblo está aquí»), numerosos (afirmando, «somos treinta mil, no quinientos»), comprometidos en un objetivo (reclamando, «queremos trabajo. Queremos que el gobernador Sapag venga aquí y nos dé una solución»),

verdaderos (insistiendo «Nosotros hemos dado gasolina durante décadas a todo el país») y sin líderes (insistiendo «Aquí no hay políticos»). Así en ambos casos, el nombre, la composición, el discurso y las relaciones sociales de los manifestantes ponían énfasis en la identidad nominal de «el pueblo».

¿Qué significaba «pueblo»? ¿Cuáles eran las raíces de esa autopercepción colectiva? Por un lado, «pueblo» se refiere al lugar, pues los dos pueblos enteros estaban presentes en la carretera. En la mente de los habitantes se hacía referencia a unos pueblos muy especiales, que habían dado energía (gas natural y petróleo) a todo el país durante años. Entre los habitantes había el sentimiento (profundamente enraizado en la retórica nacional) de que los recursos minerales de la región les pertenecían. Tal como un joven piquetero remarcó a los policías (y que se repitió durante varias veces durante esos días en la carretera): «Hemos dado gasolina, gas y electricidad al resto del país y... ¿así es como nos lo pagan?». En otras palabras, el significado que se creó durante esos días fue no sólo la súplica de que los dos pueblos estaban a punto de desaparecer (como muchos pueblos en la Argentina contemporánea, como Tartagal y General Mosconi, en el norte de la provincia de Salta) sino también a apelar los «tiempos dorados» de YPF y la convicción de que ellos eran los propietarios de los recursos. En esa línea, la memoria colectiva de los habitantes sobre las políticas de bienestar les dio un profundo sentido de solidaridad, dotándoles de un nuevo ímpetu para luchar por lo que ellos llamaban «los intereses de sus dos ciudades».

Pero hay también otra connotación crucial del término «pueblo» implícita entre la gente de la carretera. Los manifestantes construyeron su identidad y sus demandas colectivamente contra lo que llamaban las oscuras maniobras de los políticos y su intención de «usar al pueblo». Según el punto de vista de los piqueteros, lo que ellos eran y por lo que luchaban, tenía mucho que ver con la devastación provocada por el desmantelamiento del Estado —expresado en privatizaciones de las compañías nacionales— y con la ruina provocada por los políticos que actuaban pensando sólo en sus propios intereses (una identidad paradójica y llamativa a sabiendas que la protesta había empezado a partir de una lucha faccional intrapartidaria). Los piqueteros se autoidentificaban como contrarios a un actor político clásico: la clase política. Y ellos querían manifestar y dar noticia a todo el país de su descontento con la decadencia de sus dos ciudades en ausencia (o a pesar de) de sus representantes habituales. «Por una vez» dijo Laura, muchos piqueteros me dijeron: «los políticos no nos han podido usar».

## VI. LA MORAL POLÍTICA DE LAS MASAS

En un ya clásico artículo de Thompson (1993: 187) se pregunta una cuestión simple pero esencial: «¿qué hace la gente cuando está hambrienta? ¿Cómo modificará su conducta, la costumbre, la cultura y la razón?». Parafraseando a este historiador británico podríamos preguntarnos una cuestión paralela sobre las masas en el norte y el sur de Argentina: ¿Qué hacen los habitantes de Santiago y *Cutral-co* cuando están desempleados o sin cobrar? ¿Cómo la historia local, las rutinas políticas y las creencias

modifican sus acciones de protesta? ¿No es posible afirmar que si bien en la protesta está presente un estímulo colectivo primario de sufrimiento, ésta también genera una «compleja maraña de elementos culturales que ejercen una función mediadora?». En este texto propongo la siguiente respuesta: si miramos atentamente podemos detectar entre los manifestantes de diversas colectividades de Argentina una diferente moral política, diversas nociones sobre lo que es o no legítimo en las prácticas políticas, sobre lo que los políticos y los funcionarios deben o no hacer –nociones que en sí mismas se basan en visiones tradicionales del papel del Estado y de lo que debe cumplir–. Este artículo pretende examinar las diversas morales políticas y descubrir su diferente origen. Es decir, se pretende responder dos cuestiones: ¿Qué es lo que los manifestantes en Santiago y *Cutral-co* pensaban que eran, qué es lo que pensaban que hacían y qué es lo que pensaban que eran sus objetivos? Y, ¿de dónde procedían esos dos sentimientos tan diferentes?

En 1993 el desfile de los manifestantes en la ciudad y el ataque a las residencias de los políticos y los símbolos del poder popular dieron, según el recuerdo de los observadores, la visión de una celebración carnavalesca (Farinetti, 2000). En 1996, los insurgentes bloquearon carreteras y detuvieron el paso de personas y bienes para crear una movilización autónoma (Klachko, 1999; Oviedo, 2001). Las redes establecidas de clientelismo político determinaron en gran medida el itinerario político de las protestas del estallido de 1993; y la política partidaria, no estrictamente clientelar, estaba profundamente imbricada en los orígenes de la «Pueblada» de 1996<sup>8</sup>.

Los manifestantes no sólo sentían de forma diferente las relaciones establecidas entre los actores políticos, sino que también las entendían de forma diferente. En Santiago los manifestantes se asumían como el «pueblo honesto» que luchaba contra «la corrupta clase política». En *Cutral-co*, donde también se despreciaba a los políticos, los actores de la protesta se percibían como parte de una «ciudad amenazada», «un pueblo» en peligro por las políticas nacionales y provinciales. Los manifestantes en ambos lugares actuaron y se percibían de forma diferente. En Santiago, pensaron que lo mejor era castigar a los responsables; en *Cutral-co*, creyeron que era necesario hacer ver su determinación contra las decisiones políticas que les confinaban a una existencia de fantasmas.

Los contextos de la protesta local se enraizaban en la protesta dándoles poder y significado. El «Santiagazo», los hechos y los sentimientos de la muchedumbre, el énfasis de los manifestantes sobre su «honestidad» frente a la corrupción de los políticos y el carácter punitivo de sus actos, tiene que entenderse en el contexto de la vida política de Santiago, donde la extensión de la política nepotista y de patronazgo era la norma en los asuntos gubernamentales. Un sociólogo local se refirió al «modelo juarista» (en referencia al cinco veces gobernador Carlos Juárez) como un sistema de poder basado en la distribución de trabajos en el sector público (el 46% de los asalariados de la provincia son empleados públicos) y de la vivienda pública (*Informe*

8. Dadas las constricciones de los espacios, este artículo no puede examinar los resultados de las dos protestas en las que los «como suele ocurrir con los políticos» estaban profundamente implicados.

*El Liberal 2*), todo aceitado por una enorme red clientelar (Tasso, 1999b). En un contexto en el que la política toma un carácter tan personalizado no es ninguna sorpresa que un levantamiento tenga la forma como la que tuvo el 16 de diciembre. La pervivencia de las rutinas dieron al «Santiagazo» ese carácter y también proveyeron a la masa el sentimiento de lo que son buenas o malas prácticas políticas y de quiénes eran los culpables (personales) de su situación.

Las cosas son un poco diferentes en el *Cutral-co* y en *Plaza Huincul* de la década de 1990. Las acciones y reclamos de la masa se manifestaron enfatizando el sentido de la ciudadanía y la necesidad de visualizar una demanda en un contexto donde la existencia de la región entera estaba amenazada. Desde la privatización de YPF en 1992 y el consiguiente disparo del desempleo y la pobreza, el aspecto fantasmal del pueblo marcó la vida de jóvenes y viejos. La política partidaria también estuvo presente en los orígenes de la protesta (y el desdén de los ciudadanos a ella incidió en gran medida el curso de los acontecimientos) pero la «Pueblada» no fue un protesta personalizada. Si bien la figura del gobernador se convirtió en el objeto de las reivindicaciones, el significado es distinto; está mucho más relacionado con las decisiones políticas realizadas u omitidas por el gobierno.

## VII. CONCLUSIONES

Aún estamos lejos de saber qué pasó exactamente en diciembre del 2001. Los asaltos, por un lado, se mantienen en un terreno desconocido para los científicos sociales. Los pocos estudios existentes y los reportajes periodísticos de los recientes «motines de hambre» son explicaciones de un solo actor dominadas por lo que el sociólogo Charles Tilly (2003) llama la «analogía de la olla a presión» o lo que el historiador Thompson (1993) califica de «visiones espasmódicas» de las revueltas populares. Hemos visto que los sujetos mayoritarios de los asaltos fueron los pobres y los desempleados que, respondiendo a una reducción dramática de su nivel de vida por la visible negligencia del gobierno (como por ejemplo la suspensión de los programas de distribución de alimentos) y la escalada del nivel de desempleo (en diciembre la cifra de desempleados subió del 21% de la población económicamente activa), estallaron rabiosamente y asaltaron almacenes y supermercados (Fradkin, 2002). La pobreza y el desempleo juntos con la inacción del Estado crearon una insalvable presión que se incrementó durante el año 2001 cuando todo explotó como –tal como expone un interesante libro sobre los acontecimientos de ese año (Cafassi, 2002)– una *Olla a presión*.

Los estudios existentes no pueden dar cuenta nada más que de una observación superficial de los recientes asaltos: los ataques a los supermercados y tiendas ocurrieron en áreas con unos niveles semejantes de desempleo y pobreza y en ciudades o distritos que han sufrido una semejante negligencia oficial. A la vez, que las rebeliones han tenido diversos grados de participación y han registrado diferentes niveles de violencia –en algunos casos hubo destrucción y violencia física, donde los asaltantes mataron o hirieron, en otros casos hubo robos de mercancías sin ningún desperfecto a la

propiedad—. La mayoría de revueltas ocurrieron en localidades con altos grados de pobreza y desempleo. De todas formas, no sucedieron en todas las municipalidades con esas características.

Son necesarios nuevos y más intensivos análisis sobre los orígenes, dinámicas e impactos del «Cacerolazo» para responder preguntas como las de: ¿Hasta qué punto éste fue tan espontáneo como dicen sus participantes? ¿Cómo puede explicarse la forma en que convergieron los diversos episodios ocurridos en la manifestación de la Plaza de Mayo? ¿Cómo interpretar la brutal represión desencadenada por la policía? ¿Por qué grita esta gente?

Hay muchas cosas que aún no sabemos de los episodios de diciembre del 2001. Pero hay algunas cosas que sí. Sabemos, por ejemplo, que las formas de protesta fueron notablemente «novedosas». Tal como se expuso en la introducción, éstas fueron precedidas por una década inundada de protestas. También tenemos conocimiento, tal como se demuestra de los dos casos arriba analizados, que el deterioro de la economía tiene una influencia crucial en los asaltos y «Cacerolazos», pero que ésta no determinó enteramente la forma en que se dieron las protestas. O tal como ilustran los acontecimientos del «Santiagazo» y la «Pueblada», si bien el contexto estructural afecta a la protesta, el entorno local también influye a través de las redes asociativas, las estructuras movilizadoras, los cambios de alianzas políticas, las rutinas políticas existentes y —con un especial interés— la experiencia colectiva de los actores que realizan la protesta<sup>9</sup>.

El presente texto muestra que la protesta popular mantiene una tupida red de vínculos con los poderes establecidos, las siempre bien engrasadas redes políticas y las perennes formas personalizadas de hacer política. En esta dirección quizás el *slogan* que rezaba «que se vayan todos» —tan popular en diciembre del 2001— y que sintetizaba el sentir general hacia los políticos (un sentimiento que, tal como vi en Santiago, era compartido por la multitud) quizás subrepresentaba la imbricación que aún continúa existiendo entre las estructuras de movilización, las rutinas políticas y las redes clientelares. Quizás nuevas investigaciones deban investigar atentamente los saqueos y «Cacerolazos» teniendo en cuenta estas continuidades.

## VIII. BIBLIOGRAFÍA

- AMATO, Alberto. La trama política de los saqueos. *Clarín Digital*, 19 de diciembre de 2002.  
AUYERO, Javier. *Contentious Lives*. Durham: Duke University Press, 2003.  
— *Poor People's Politics*. Durham: Duke University Press, 2001.  
BONASSO, Miguel. *El palacio y la calle*. Buenos Aires: Planeta, 2002.  
CAMARASA, Jorge. *Días de furia*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.  
CAFASSI, Emilio. *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas, sobre fuego argentino*. Buenos Aires: Libros del Rojas, 2002.

9. Para leer un clásico sobre el proceso político como un mediador crucial entre las transformaciones y la protesta, C. TILLY (1997).

- COLECTIVO SITUACIONES. *19 y 20 Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano, 2002.
- DINERSTEIN, Ana. El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización. *OSAL*, 2001.
- ENTEL, Alicia. *La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- FARINETTI, Marina. ¿Qué queda del «Movimiento Obrero»? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina. *Trabajo y Sociedad*, 1999, vol. 1, n° julio-septiembre. <http://habitantes.elsitio.com/proit/zmarina.htm>.
- El estallido: la forma de la protesta. Manuscrito inédito. Buenos Aires, 2000.
- FRADKIN, Raúl. *Cosecharás tu siembra*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2002.
- GIARRACA, Norma *et al.* *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Alianza, 2002.
- GOLDBERG, Jonathan. Campaign Conscripts. How to fill a stadium with Argentina's poor (and other ways to win the presidency). *The American Prospect*, 2003.
- GUAGNINI, Lucas. La trama política de los saqueos. *Clarín Digital*, 19 de diciembre de 2002.
- ÍÑIGO CARRERA, Nicolás. Fisonomía de las huelgas generales de la década de 1990. *PIMSA 1999*, 1999, pp. 155-173.
- JENKINS, Craig. Resource Mobilization Theory. *Annual Review of Sociology*, 1983, vol. 9, pp. 527-553.
- KLACHKO, Paula. Cutral Co y Plaza Huinca. El primer corte de ruta. *PIMSA 1999*, 1999, pp. 121-154.
- KOHAN, Aníbal. *A las calles! Una historia de los movimientos piqueteros y caceroleros de los '90 al 2002*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2002.
- KOLLMAN, Raúl. Un aparato sin chapas. *Página 12*, 29 de marzo de 2002.
- LAUFER, Rubén y SPIGUEL, Claudio. Las «Puebladas» argentinas a partir del «Santiagoñazo» de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha. En LÓPEZ MAYA, Margarita (ed.). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta Popular en América Latina en los años del ajuste*. Venezuela: Nueva Sociedad, 1999, pp. 15-44.
- LEVITSKY, Steve. *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge, Mass: Cambridge University Press, 2003.
- LEWKOWICS, Ignacio. *Sucesos argentinos*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- LÓPEZ ECHAGÜE, Hernán. *La política está en otra parte*. Buenos Aires: Norma, 2002.
- MARTÍNEZ, Tomás. *Episodios argentinos*. Buenos Aires: Aguilar, 2002.
- MCÁDAM, Doug; TARROW, Sidney y TILLY, Charles. *Dynamics of Contention*. Cambridge, Mass: Cambridge University Press, 2001.
- MCCARTHY, John y ZALD, Mayer. *The Trend of Social Movements in America*. Morristown, N.J.: General Learning Press, 1973.
- Resource Mobilization and Social Movements. *American Journal of Sociology*, 1977, vol. 82, pp. 1212-1241.
- O'DONNELL, Guillermo. Delegative Democracy? *Working Paper. The Helen Kellogg Institute for International Studies. University of Notre Dame*, 1992, vol. 172.
- OVIEDO, Luis. *Una historia del movimiento piquetero*. Buenos Aires: Ediciones Rumbos, 2001.
- POZZI, Pablo. Popular Upheaval and Capitalist Transformation in Argentina. *Latin American Perspectives*, 2000, vol. 27, n° 114, pp. 63-87.
- ROCK, David. *Politics in Argentina: the Rise and Fall of Radicalism, 1890-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 1975.
- RUDÉ, George. *The Crowd in History*. New York: John Wiley & Sons, 1964.

- SCHUSTER, Federico *et al.* La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001. *Informes de Coyuntura* 3. Instituto Gino Germani, UBA, 2002.
- SCOTT, James. Patronage or Exploitation? En GELLNER, Ernest y WATERBURY, John (eds.). *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*. London: Duckworth, 1977.
- SCOTT, James y KERKVIET, Benedict. How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy: A Theory with Special Reference to Southeast Asia. En GUASTI, Laura; LANDÉ, Carl; SCOTT, James y SCHMIDT, Steffen (eds.). *Friends, Followers, and Factions: A Reader in Political Clientelism*. Berkeley, CA: The University of California Press, 1977, pp. 439-458.
- SCRIBANO, Adrián. Argentina «Cortada»: Cortes de ruta y visibilidad social en el contexto del ajuste. En LÓPEZ MAYA, Margarita (ed.). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años del ajuste*. Venezuela: Nueva Sociedad, 1999, pp. 45-72.
- SCRIBANO, Adrián y SCHUSTER, Federico. Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura. *OSAL*, 2001, n° 5, pp. 17-22.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián. *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- TARROW, Sidney. *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*. New York: Cambridge University Press, 1998.
- THOMPSON, Enmanuel. *Customs in Common*. New York: The New Press, 1993.
- TENTI, Emilio. Exclusion social y acción colectiva en la Argentina de hoy. *Punto De Vista*, 2000, vol. 67, pp. 22-28.
- TILLY, Charles. *From Mobilization to Revolution*. Reading, Mass: Addison Wesley, 1978.
- *The Contentious French*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1986.
- *The Politics of Collective Violence*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 2003.
- TORRES, Pablo. *Votos, chapas y fideos*. Buenos Aires: De la Campana, 2002.
- VILLALÓN, Roberta. *Piquetes, cacerolazos y asambleas vecinales: Social Protests in Argentina, 1993-2002*. Thesis, MA: The University of Texas at Austin, 2002.
- YOUNG, Gerardo. La trama política de los saqueos. *Clarín Digital*, 19 de diciembre de 2002.